

# El arte «es siempre» una Facultad Experimental

LUIS MOROS \*

Todo planteamiento respecto de la creación de una Facultad Experimental de Arte en la Universidad de Los Andes goza, por lo menos, de la ventaja de ser el corolario de un algoritmo lógico: dicho de otro modo, esta Universidad ha realizado reiterados esfuerzos por llevar a nivel de licenciaturas universitarias disciplinas como el diseño gráfico, las artes plásticas, la música, el cine, la producción de enunciados para medios audiovisuales y se propone, ahora mismo, hacer otro tanto con la danza, además de haber suscrito recientemente un convenio con las Orquestas Sinfónicas Juveniles en apoyo a esta postura de promoción y respeto por las artes. De modo que la reunión de todas estas escuelas universitarias bajo la idea de una Facultad Experimental de Arte, no es sino la consecuencia lógica de este esfuerzo insistente y del particular interés que esta Universidad le ha dado a las artes como forma particular de acercamiento a la realidad. Los supuestos filosóficos que estarían en la base de un proyecto semejante no haría falta señalarlos. Sin embargo, algunos parecen necesarios.



La realidad de la que se ocupa la ciencia, entendida esta como ese afán epistemológico por el conocimiento objetivo de las cosas del mundo que nos rodea y de la naturaleza humana, conocimiento susceptible de ser demostrado en un laboratorio y que autoriza la formulación de diversas teorías que se proponen dar cuenta de ese mundo, es una realidad que también ha sido producida por la ciencia: digamos que es también un *constructo teórico* que aceptamos como adecuado a ese mundo objetivo que queremos conocer y del que sólo generamos, con suerte, una especie de facsímil en nuestra mente.

El arte, esa forma de traer a la presencia lo que antes de su producción no tenía existencia alguna, no sólo es otra forma de conocer lo que representa, sino que además ofrece nuevos mundos a la investigación científica, al trabajo del ingeniero. El cubismo de Pablo Picasso le ha brindado más beneficios a la persona humana que toda la teoría del movimiento browniano desarrollada por Einstein y el concepto de fotón que se desprendió de ella. Afirmación seguramente alarmante para la

física cuántica, pero el hombre es mucho más humano y conoce todavía más de sus poderes creadores de nuevos mundos, frente a un cuadro cubista de Picasso que frente al espectáculo aterrador de la masacre de Hiroshima.

Un nuevo descubrimiento en el arte, una nueva respuesta frente a un mismo fenómeno, no inhabilita la anterior sino que la enriquece y su aproximación a la realidad, cuando lo hace, no es sólo con un afán de conocer más, sino también con un deseo de intercambio que termina por recrearla, de inventarla de nuevo y de establecer nuevas relaciones con ella para que en esa transacción la realidad nos revele, nos desoculte, diría Heidegger, un escenario más generoso para la vida. De allí que sea imposible calcular el peso atómico de una pincelada de Monet, pero posiblemente nadie ha tenido un conocimiento tan preciso del fenómeno de la luz sobre la catedral de Rouen de París que este hombre, que invirtió meses en el fugitivo esfuerzo de captar el instante en el que un color deja de ser él mismo para devenir en otro en razón de un ligero cambio de luz. Tal vez Heráclito habría comprendido con enorme júbilo el esfuerzo del impresionista francés. En los cuadros de Monet la catedral de Rouen es y no es la catedral de Rouen, porque el objeto fluye, como un organismo vivo, al que cada pincelada le brinda un metabolismo único. ¿Quién pudo conocer mejor este objeto de la realidad física, animado de mil maneras por el fenómeno cambiante de la luz, que este artista que la pintó más de 20 veces con el mismo afán de fiducia de «...saber lo que sucede entre el motivo y yo».

Entonces el arte se establece como una forma de conocimiento del mundo que, antes que producir teorías y equipar la tecnología que en este momento está en condicio-

nes de destruirlo para siempre, lo enriquece con nuevas preguntas y objetos estéticos que demandan una comprensión que no requiere de la máquina, ese epítome de la tecnología derivada de la ciencia. Se trata de un estar en el mundo de las cosas que se revelen a través del arte «... libres de contexto susceptible de estudio científico».<sup>1</sup> La ciencia, dirá Heidegger, ha aniquilado ya las cosas como cosas mucho antes de que hiciera explosión la bomba atómica (Cf. Heidegger: *El origen de la obra de arte*).

Los argumentos se despliegan a lo largo de la historia del hombre sobre el planeta y nos llevarían mucho más allá del fenómeno de la luz en las cuevas de Altamira y de la revolución del paleolítico. Nuestra noción de una Facultad Experimental de Arte es, en todo caso y extremando estos criterios, un esfuerzo más por proponer una educación completa y compleja, en relación con cada uno de los fenómenos del mundo, exigente y en revuelta permanente. En definitiva, por un aprovechamiento de esos bienes públicos que son las obras de arte, que son de todos, y por una vida que, en sí misma, ya venga cargada con el sentido ínsito de ser vivida. No es poco lo que nos proponemos, pero ha llegado el tiempo de exigir lo imposible.

Notas:

<sup>1</sup> Taylos, Ch. (1995): Argumentos filosóficos. p. 171, Paidós, Barcelona.

---

\*Artista Plástico y Profesor de la Escuela de Arte y Diseño Gráfico de la ULA  
e-mail: [luismoros@hotmail.com](mailto:luismoros@hotmail.com)



Fotos: Colección Banco de Imágenes de la Escuela de Arte y Diseño Gráfico / Prof. Luis Trujillo